

UNA SERIE DE LECCIONES EN VIDEO

LAS BIENAVENTURANZAS

Ponente: Rev. A. T. Vergunst

LECCIÓN 8: BIENAVENTURADOS LOS DE LIMPIO CORAZÓN



Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

© 2023 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, excepto en citas breves para propósitos de reseña, comentario o investigación académica, sin el permiso escrito del editor, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, EE. UU.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas de esta publicación han sido tomadas de la Reina-Valera 1960 TM © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Derechos renovados 1988, Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo A. T. Vergunst es ministro del evangelio en la Congregación Reformada de Carterton, Nueva Zelanda, una congregación perteneciente a las Congregaciones Reformadas de Nueva Zelanda.

www.rcnz.org

LAS BIENAVENTURANZAS

10 LECCIONES

por el Rev. A. T. Vergunst

1. Introducción general al Sermón del Monte
2. Introducción general a las bienaventuranzas
3. Bienaventurados los pobres en espíritu
4. Bienaventurados los que lloran
5. Bienaventurados los mansos
6. Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia
7. Bienaventurados los misericordiosos
- 8. Bienaventurados los de limpio corazón**
9. Bienaventurados los pacificadores
10. Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia

8 LECCIÓN

BIENAVENTURADOS LOS DE LIMPIO CORAZÓN

Las bienaventuranzas que el Señor Jesús pronunció al comienzo de su bien conocido Sermón del Monte siguen siendo una de las partes más confrontantes y reconfortantes de la Biblia. En las bienaventuranzas, es el mismo Señor de la gloria quien describe ciertos tipos de personas y las llama «bienaventuradas» siete veces. Esto no es poca cosa. Escuchar al Señor Jesús declararnos bienaventurados aun cuando sentimos lo contrario en nuestra propia experiencia, es una perla de gran consuelo. Sin embargo, la enseñanza de las bienaventuranzas también es confrontadora, ya que muestra claramente que un cristiano no se conoce por lo que sabe, dice o hace, sino por lo que es ante Dios y ante los hombres.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 8:

Queridos amigos, bienvenidos nuevamente. Realmente me deleita poder presentarles la sexta bienaventuranza en esta parte de nuestros estudios sobre las palabras de Jesús en Mateo 5 versículos 2 al 12. Y oro para que cada reflexión que hemos considerado en esta majestuosa apertura del Sermón del Monte haya producido al menos dos cosas en ti. Primero, consuelo, al tú reconocer la obra de Jesucristo en tu propio corazón y vida, porque ese fue el propósito de este «bienaventurados». Sin embargo, tú verás muchas imperfecciones, pero no permitas que esas imperfecciones en la manera en que experimentas vivir estas bienaventuranzas te roben el consuelo que Jesús ofrece en estas palabras. La promesa de Dios es que él terminará la buena obra que comenzó en ti, él la perfeccionará y la completará en el día de Jesucristo, Filipenses 1 versículo 6. Así que deja que eso te consuele.

No obstante, también puede ser que al escuchar esto te hayas sentido incómodo, incómodo si te estás comparando con estas bienaventuranzas y debes concluir que no estás preparado para el reino de Dios porque te faltan estas características esenciales en tu persona. Eso es precisamente lo que Jesús estaba enseñándole a Nicodemo, un líder judío de alto nivel y muy estimado. Pero Él le dijo: Nicodemo, «de cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver [o entrar o disfrutar] el reino de Dios» (Juan 3:3). Nota que Jesús no dijo «no se le permite ver el reino», sino «no puede ver». Piensen en un pez. El pez está como en casa en el agua. No está preparado para vivir en un hermoso jardín de flores, recostado en una cómoda silla en el césped. Está fuera de su lugar. Así también la persona no regenerada no está preparada para vivir en la gloria del reino de Dios, a menos que haya nacido de nuevo desde lo alto. Eso es lo que enseña Jesús. Entonces, si a ti te falta este nuevo nacimiento, busca ese nuevo nacimiento,

presta atención a la Palabra de Dios. Colócate en los lugares donde el Espíritu de Dios está obrando por medio de su Palabra.

Antes de considerar en detalle la sexta bienaventuranza, permíteme llamar tu atención por un momento a algo muy íntimo: tu ser interior. Estoy seguro de que, incluso si apenas te conoces un poco, sabes que hay pensamientos en nosotros. Hay imaginaciones que se gestan en nosotros, o a veces hay sentimientos que preferimos no publicar para que todos los vean. La razón es clara: a veces hay pensamientos que son muy malos, que son muy impuros —adulterios, o incluso asesinatos, malos deseos hacia alguien, pensamientos malvados, imaginaciones perversas, o un gran orgullo— aunque intentemos sonar humildes. Nos gusta ocultar eso, pero no podemos suprimirlo.

Y por favor, no pienses que si reconoces esto eres un caso excepcional o aislado, no es así, pero eso tampoco lo hace menos feo. Lo que es tan conmovedor es que las personas bienaventuradas no niegan esta realidad. No quieren disfrazarla ni minimizarla. No, la aborrecen. Lloran por ella. La resisten, desean huir de ella, y anhelan cada día ser piadosos como Jesucristo. Entonces, si eso está en nosotros, ¿de dónde proviene este impulso interior y esta lucha interna contra el pecado? Amigos, eso proviene de aquel a quien el creyente está unido. Proviene de Jesucristo y por medio de su Espíritu. Efesios [2:10] dice que somos hechura de Jesucristo, «creados... para buenas obras», y exactamente ese deseo de caminar en una vida que honra a Dios es la esencia de la sexta bienaventuranza: «Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios».

Así que veamos lo que dice Jesús aquí y examinemos la bendición de ser limpio de corazón. ¿Qué significa exactamente ser limpio de corazón? En segundo lugar, ¿cuál es la promesa que Él da: «porque ellos verán a Dios»?

1. *¿Qué significa ser limpio de corazón?*

¿Qué es, entonces, ser limpio de corazón? Observemos primero la gramática de esta frase, lo cual ya puede aliviar un corazón atribulado que lee esta bienaventuranza. Noten lo que Jesús no dijo. No dijo: «Bienaventurados los puros *de* corazón». Ser puro *de* corazón, que también implicaría ser limpio *en* el corazón, era nuestra condición antes de caer, cuando Dios nos creó perfectamente. Entonces nuestros corazones eran como una fuente de pureza, de la cual fluían pensamientos puros, motivos puros, amor puro. Esta pureza de corazón es la condición de los ángeles no caídos que rodean el trono de Dios. Es ya la condición de las almas de los redimidos que han pasado de la gracia en esta vida a la gloria en la vida venidera. Ellos son puros del todo, tanto *de* corazón como *en* el corazón. Ésta era también la condición de nuestro Señor Jesucristo, el perfecto, inmaculado e impecable Hijo del Hombre. Amigos, Él era puro *de* corazón, perfecto y limpio *en* el corazón, todo lo que fluía de Él era puro.

Por lo tanto, sólo Jesucristo pudo cumplir con los requisitos que se enumeran en el Salmo 24:3–5. Allí se plantea una pregunta: «¿Quién subirá al monte de Jehová? ¿Y quién estará en su lugar santo? El limpio de manos y puro de corazón; el que no ha elevado su alma a cosas vanas, ni jurado con engaño. Él recibirá bendición de Jehová, y justicia del Dios de salvación».

Así que esta mala lectura de la sexta bienaventuranza ha causado mucha angustia en corazones sinceros. No olvidemos que nacer de nuevo no significa tener un corazón

perfeccionado. Eso no sucede sino hasta que pasamos de la gracia a la gloria. En cada persona regenerada habrá, hasta el último aliento en esta tierra, una guerra espiritual de la carne contra el Espíritu. La vieja naturaleza que habita en nosotros, amigos, es decir, el pecado que mora en nosotros, no está regenerado, no ha nacido de nuevo, no ha sido cambiado ni convertido.

Junto con esta realidad del viejo hombre, nace un nuevo principio de vida en el corazón, y esta nueva parte se deleita en la ley de Dios según el hombre interior. Éste es el que tiene hambre y llora y es manso. Éste es el que se deleita en la santidad. Éste es el que se esfuerza por ser perfecto en amor. El apóstol Pablo lo resume todo perfectamente en Romanos 7, y concluye (en v. 25): «Así que, yo mismo con la mente [mi mente renovada] sirvo a la ley de Dios [en amor devocional a él y a los demás]; mas con la carne a la ley del pecado». Ahí está la batalla. Por tanto, no seremos puros de corazón hasta que seamos completamente librados del viejo corazón.

El apóstol Pablo, nuevamente en Filipenses 3:10, confiesa este deseo espiritual así como la lucha, cuando dice: «A fin de conocerle [a Jesús], y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte», es decir, que todo ese viejo hombre muera y desaparezca. Así que, por favor, que nos quede claro a todos: aquí hablaba un hombre, el apóstol Pablo, que era limpio *en* el corazón, y sin embargo admitía que aún no era puro *de* corazón.

Entonces, ¿qué significa ser limpio en el corazón? La palabra *limpio* se define mejor al compararla primero con tres pasajes que usan esta misma palabra: *limpio*. En 1 Timoteo 1:5, Pablo escribe a su joven hijo espiritual: «Pues el propósito del mandamiento es el amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida». En ese sentido, *limpio* significa sincero, recto. De nuevo, en 2 Timoteo 1 versículo 3, Pablo escribió acerca de servir a Dios «con limpia conciencia», es decir, una conciencia recta. Pablo tenía esa conciencia incluso antes de su conversión, cuando era genuino —aunque estaba equivocado—, viviendo según su conciencia. Estaba errada, sí, pero aún así era genuina, limpia, sincera.

En Santiago 1 versículo 27, Santiago también usó la palabra *limpio*: «La religión pura [o limpio] y sin mácula [es] Visitar a los huérfanos y a las viudas». Ahora bien, amigos, eso no puede significar una religión sin pecado. Eso no es lo que quiere decir. Lo que significa es una religión recta, sincera y consagrada. Así que consideremos ahora siete comentarios breves acerca de los limpios en el corazón para exponer esto con más claridad.

Primero, los limpios en el corazón son aquellos cuyo corazón —es decir, su ser interior, su mente, su voluntad, sus afectos— es sincero en su deseo o propósito de vivir para la gloria de Dios. Dondequiera que se encuentren los limpios de corazón, en cualquier cultura o época del mundo, todos ellos respiran, en esencia, la oración del Salmo 86 versículo 11. ¿Qué dice? «Enséñame, oh Jehová, tu camino; caminaré yo en tu verdad; afirma mi corazón [con un solo enfoque] para que tema [honre, ame] tu nombre».

Segundo, los limpios en el corazón jamás negarán que su carne pecaminosa aún está presente. No niegan la falta de pensamientos buenos y santos. No niegan la presencia de codicia o descontento. Como comenta Arthur Pink, él dice: «La carga más pesada del limpio de corazón es descubrir que aún hay un océano [sí, un océano] de aguas impuras habitando en él». Así es como piensan y hablan los limpios de corazón.

Tercero, los limpios en el corazón llevan este asunto delante del Señor. Son honestos en sus confesiones y en sus súplicas. Escucha a David, cuán honesto es. Él dice: «Inclina mi corazón a tus testimonios [a tu palabra] y no a la avaricia» (Salmo 119:36). Por favor, Señor, aparta mis ojos

de las vanidades, porque aún hay algo en él que se deleita en esas cosas. Porque él dice después: «Abatida está mi alma hasta el polvo —se aferra a lo terrenal—; [por favor Señor, revícame], vivifícame según tu palabra» (Salmo 119:25).

Cuarto, los limpios en el corazón persiguen la santidad o la semejanza a Cristo en toda su vida, y esta búsqueda es, sobre todo, personal, porque los limpios en el corazón ven dentro de su propio corazón tanto que aún está mal, tanta impureza en sus motivos, en sus palabras o acciones. Tal vez te preguntes: ¿pero entonces, cuáles son esas impurezas que observan? Bueno, pensemos por un momento: toda la impureza de la superficialidad, de la inconstancia, de la parcialidad de nuestra devoción en nuestro amor a Dios y a nuestro prójimo, en contraste con el amor firme, puro y genuino que vemos en Jesús.

Quinto, los limpios en el corazón también hacen todo lo posible por andar separados de todo lo que es impuro e impío. Al ver el deshonor que se hace a Dios, su Padre, y al Señor, su Salvador, se apartan de toda asociación innecesaria con los impuros del mundo. Cada día procuran —y a menudo fallan— tener una conciencia sin ofensa, y aun así luchan por mantenerla durante todo el día. Richard Sibbes comenta lo siguiente, él dice: «Si la compañía no nos anima, nos contaminará, a menos que estemos puestos entre ellos por causa de nuestra vocación diaria», lo cual es, por supuesto, inevitable. Pero él dice que debemos escoger cuidadosamente nuestra compañía y andar con vigilancia continua. Ésa es la intención del limpio en el corazón.

Sexto, los limpios en el corazón no solo luchan contra todo pecado en su propia vida y corazón. No, van más allá: hacen todo lo posible por purificar también a otros —sus familiares, sus amigos, sus compañeros de trabajo—, harán todo lo que esté en sus manos por promover un ambiente de amor y pureza donde trabajan o donde viven, en sus vecindarios, en las naciones donde habitan. En ese esfuerzo, ellos harán todo por promover la santidad en otros, y en ese esfuerzo de promover esto, revelan la sinceridad de su corazón. De hecho, un hipócrita puede afligirse hasta cierto punto por su propio pecado, porque sabe cómo eso puede terminar afectándolo; pero no se afligirá sinceramente por los pecados que ve en otros, porque no hay amor verdadero por Dios ni por las almas de los demás en su corazón.

Y finalmente, los limpios en el corazón son aquellos que cada vez sienten más su necesidad de acudir y aferrarse al gran Sumo Sacerdote, Jesucristo. Los más limpios en el corazón son aquellos cuyos corazones se extienden, como el del apóstol Pablo, hacia Jesucristo. En Filipenses 3 versículo 9 puedes leer la intensidad del limpio en el corazón en la necesidad que Pablo sentía por Jesús. Así lo expresa: «Y ser hallado en él, no teniendo mi propia justicia [mi propia pureza, mis propios méritos], que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe». Luego concluye esta sección en Filipenses 3 con la confesión y admisión —y aquí está hablando un hombre completamente limpio de corazón—, dice: «Esperamos al Salvador [diariamente], al Señor Jesucristo [por su regreso]; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya» (vv. 20–21). Pablo mismo nunca pudo alcanzar la meta de la perfección, de la pureza perfecta. Por eso, miraba cada día a Jesucristo, quien es poderoso para someter incluso todas las corrupciones, transformando por completo a su pueblo creyente.

Entonces, hasta aquí consideraremos a los limpios en el corazón, por favor ten presente que Jesús ya nos proclama bienaventurados cuando somos *limpios en el corazón*, aun cuando no somos *puros de corazón*, y eso se debe a que esta limpieza en el corazón, expresada en estos anhelos y luchas, es un fruto de estar unidos a Jesucristo y tener al Espíritu habitando en ti.

¿Cómo se hará evidente eso? Bueno, es como cuando nuevos dueños se mudan a una casa. La casa será limpiada y vaciada de todos los muebles viejos y de la basura que fue dejada. Finalmente, la nueva casa será restaurada, arreglada, y se le pondrán nuevos muebles a la casa. Esa es la imagen de la obra de Dios. Cuando el Espíritu de Dios toma residencia en nuestro corazón, comienza a limpiar la casa, y empieza a reabastecerla con las gracias y las virtudes de la piedad que vemos en Jesucristo.

2. ¿Cuál es la promesa que Jesús da a los limpios de corazón?

Entonces, concluyamos preguntando: ¿cuál es la promesa que Jesús declara a los limpios en el corazón? La promesa es: «ellos verán a Dios». Verán a Dios.

Esa promesa no es solo verdadera para la vida futura, también lo es para la vida presente en la tierra. Consideremos primero este ver a Dios, ¿qué significa?, ¿cómo se cumple esta promesa y cómo se experimenta ya aquí en la tierra?

Este ver a Dios no es algo literal, no es algo físico. Dios es Espíritu, y el Señor Jesucristo ya no está en la tierra. Así que ver a Dios tiene el sentido de experimentarlo espiritualmente a través de la Palabra en nuestros corazones. Por ejemplo, hallamos deleite en captar algo de la grandeza de la gloria de Dios tal como se revela en Jesucristo; y verlo a él y percibir esa gloria es disfrutarlo. David escribe en el Salmo 63 versículos 1 y 2: «Dios, Dios mío eres tú; de madrugada te buscaré; mi alma tiene sed de ti... —y luego él dice:— para ver tu poder y tu gloria, así como te he mirado en el santuario [o en el templo]».

Ahora bien, nuevamente, David no está hablando de una visión física de Dios, sino que se refiere a una experiencia espiritual del mensaje de amor, del mensaje del perdón de los pecados, del mensaje de aceptación con Dios el Padre, del sentido de paz y gozo al creer la Palabra de Dios. Créanme, éstos son los momentos más dulces en la vida de un creyente: cuando podemos ver a Dios así y saborear su gracia.

Pero no dejes de notar que este ver a Dios y esta experiencia de comunión con Dios siempre ocurren en el contexto de una vida santa. «Los limpios en el corazón... ellos verán a Dios». Hay una conexión entre ese gozo de comunión y el vivir en pureza. El Salmo 97 versículo 11 dice: «Luz está sembrada para el justo, y alegría para los rectos [o puros] de corazón».

En nuestra relación con Dios, amigos, experimentaremos exactamente lo mismo que en una relación terrenal con nuestro cónyuge, nuestros hijos, nuestros padres o nuestros amigos, incluso si no los vemos físicamente. Cuando actuamos pecaminosamente, cuando los ofendemos o herimos con nuestras palabras o acciones, eso inmediatamente produce un enfriamiento y una distancia en nuestra comunión de nuestra unión. Y dejamos de ver, de sentir y de disfrutar el amor, la cercanía y la intimidad. Así también sucede en nuestra relación con Dios y su pueblo. El pecado entristece al Espíritu, y cuando el Espíritu es contristado, Él se retira. No traerá consuelo. No estaremos viendo a Dios ni disfrutando de Dios. No nos consolará a través de su ministerio con el gozo y la paz que tenemos en Dios.

Ahora bien, además de ver a Dios en comunión por medio de la fe mientras vivimos aquí, los limpios en el corazón también verán a Dios con sus propios ojos en la gloria celestial, en la futura nueva tierra. Eso, por supuesto, será aún en la persona de Jesucristo, porque Dios sigue siendo invisible. Escucha cómo Dios habló de eso a través del apóstol Juan en 1 Juan 3 versículo

2: «Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es». Le veremos, a Jesús tal como él es, y eso nos transformará completamente de manera instantánea.

Así que, en la vida venidera, Dios será visto en y a través de la gloria plena de Jesucristo su Hijo, porque sigue siendo cierto que Dios permanece invisible, y solo se hace visible a nosotros los humanos en la persona visible de Jesucristo. Matthew Henry concluyó sobre esto lo siguiente, él dice: «La perfección de la felicidad del alma es ver a Dios, verlo por siempre, y nunca perderlo de vista. Esa es la felicidad del cielo».

Conclusión

Que Dios bendiga estas reflexiones para consolar y para convencer, ya que Él sabe lo que más necesitamos. Muchas gracias.

Esperamos que esta lección haya sido instructiva y una bendición para ti. Por favor acompáñanos en nuestra próxima lección, en la que estudiaremos la séptima bienaventuranza: «Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios».